

¿SIGUE INTERESANDO LA INNOVACIÓN?

“Lo que pasó, eso pasará; lo que sucedió, eso sucederá: nada hay nuevo bajo el sol” (Eclesiastés 1, 9).

Parece que ha pasado un siglo, pero no hace remontarse más allá de tres años para encontrar un escenario económico muy distinto al actual. En esos meses finales de la década de los 90 se vivía todavía bajo la euforia de la llamada "nueva economía". Numerosos empresarios, en sectores emergentes, irrumpieron con fuerza transformando los modos de concebir los negocios, vigentes hasta ese momento. Los métodos de valoración de empresas, los modelos de negocio, los criterios de los inversores institucionales y particulares dieron un vuelco radical.

La realidad se acabó imponiendo, en ocasiones de un modo traumático, bajo la forma de compras que se mostraron catastróficas, caídas espectaculares en los mercados de renta variable y quiebras sonadas.

Los analistas, a coro, hicieron leña del árbol caído. Todos entonaron el "ya lo decía yo", alegres de que sus vaticinios (aunque fueran tan nefastos) se hubieran cumplido. Se volvieron a cantar las alabanzas de la "economía real" y se invocó de nuevo al rigor del modo tradicional de hacer negocios.

Estos bandazos muestran hasta qué punto es corta nuestra memoria, pues en estos meses hemos visto a muchos corifeos de la "nueva economía" pasar vergonzosamente de orilla, para defender con el mismo entusiasmo las bondades de la economía "tradicional". También ponen de manifiesto el carácter pendular de nuestra apreciación de los hechos. No cabe duda de que la euforia de ese periodo profundamente innovador era desmedida. Como se vio después, las bases de muchos negocios eran bastante frágiles. Sin embargo, nos podemos encontrar en el otro extremo del péndulo, bajo los efectos de una desconfianza (igualmente ciega e irracional) ante todo lo que suene a innovador. Son muchos los que harían suyas hoy las palabras bíblicas con las que abro este artículo: también en los negocios, se puede decir que no hay nada nuevo bajo el sol.

Contra viento y marea, de un modo económicamente incorrecto, quiero romper ahora

una lanza a favor de la innovación. Sigo pensando que la capacidad creadora del ser humano está en la base de todo progreso. Somos capaces de producir situaciones inéditas, de inventar el futuro, de romper inercias paralizantes. Quien pone en marcha una empresa no se limita a reproducir miméticamente un modelo ya conocido. Sobre la base de un análisis riguroso, afronta la tarea de hacer algo original.

Las lecciones de estos tres últimos años suponen una llamada a la prudencia. No son momentos para jugar alegremente con el dinero propio y, mucho menos, con el de los otros. Pero tampoco es tiempo de congelar el motor de nuestra economía: la innovación. Estoy convencido de que gran parte de los nuevos creadores de empresa han tomado nota de los sucesos recientes, y buscan el equilibrio entre riesgo y seguridad, entre imaginación y cordura, que caracteriza a los buenos emprendedores. De que alcancemos el punto medio entre los dos extremos pendulares depende que seamos capaces de superar la actual crisis.